

DIARIO DE CÓRDOBA

PERIODICO INDEPENDIENTE. DECAÑO DE LA PRENSA CORDOBESA

TELEFONO NUM. 184

Suscripción (Pago adelantado): En Andalucía, 6 pesetas trimestre. -- Resto de España, 7'50. -- Extranjero, 10. -- Número suelto: DIEZ céntimos.

DIARIO DE LA MAÑANA. ULTIMAS NOTICIAS DE LA MADRUGADA

FRANQUEO:
CONCERTADO

VIERNES SANTO

JESÚS CAIDO

«Et bajatus sibi crucem exivit in eum qui dicitur calvario locum». Y arrastrando su cruz salió para el lugar que dicen monte de las Calaveras. -- San Juan 19-17.

Una de las condiciones que los prescriptistas piden a las obras de arte para que sean hermosas y verdaderas es la unidad. El concierto de las partes en el todo, y el protagonista que lleve sobre sí el peso de la acción siempre constante consigo mismo. Otra condición es la naturalidad, que en la obra las cosas se ofrezcan como espontáneas, y así el conjunto es real y bello, porque no es fingido, ni rebuscado. Pues estas dos condiciones se cumplen de un modo pasmoso en toda la vida de Nuestro Divino Redentor. Nace en un portal, sobre unas tablas, muere en el monte sobre un madero. Su Hermosa existencia es una serie no interrumpida sin solución, de fatigas, pobreza, abandonos y humillaciones. Pero Cristo va siempre bajo esas apariencias caminando hacia el cumplimiento de su providencial misión. Dar gloria a Dios y salvar a los hombres. El menor observador va siempre en esa identidad que tiene la vida del Salvador: dos manifestaciones: una de trabajos, de penas, de abatimiento. Otra de grandeza, de fuerza, de gloria, de poder. Y ambas se juntan y complementan del modo más natural y espontáneo. Es la unión de lo sublime con lo sencillo, del fondo grandioso que abraza a la forma sencilla que encanta. Es la unión del cielo con la tierra; del hombre con Dios; de la pequeñez con la inmensidad. Y lo estupendo es que los cuatro evangelistas narran la acción como si diera cuenta, de sus plumas brotan las verdades con una facilidad que no tiene historiadador alguno, y por lo mismo con una candidez que revela que el fin que se proponen es decir cómo va saliendo lo que han visto y oído. Citan a un Dios-Hombre sin darse cuenta de lo que hacen; y es que no son los evangelistas como hombres que escriben, sino que es el mismo Dios quien se vale de ellos para escribir la Vida de Divino-Hijo.

Unas veces narran hasta los últimos detalles de un hecho o escena; otras callan algo que es importante, pero lo mismo en la descripción propia que en el silencio no esperado, hay una altísima sabiduría, un fondo profundo. Cuando detallan nos enseñan, nos abisman en el interés de la acción; cuando callan nos hacen pensar, y entonces veían la tradición, que es tanto como el Evangelio mismo; y a ella se refiere San Juan cuando dice: otras muchas cosas más hemos visto y oído, y que no se contienen en estos libros.

Precisamente esto nos ocurre con las tres caídas que experimenta Jesús en la célebre calle de la Amargura. La Tradición las cuenta con todo género de detalles. Los evangelistas hacen caso omiso de ellas. Con todo, esas caídas son tan ciertas como ciertos son todos los momentos históricos y consignados por la pluma de los Santos Hombres que el Redentor quiso nos contaran la Pasión. Jesús cogió la Cruz, la puso sobre sus hombros y salió arrastrando por la empinada cuesta que va desde Jerusalén al Calvario; grande es el peso, difícil la pendiente, pocas las fuerzas del reo, que está casi desahogado, moribundo; cubierto de llagas; a quien se insinúa y grita cual si fuese una fiera peligrosa a la que hay que acosar; por eso Cristo cae, y cae una, dos y tres veces. Sucumbe bajo el peso del madero; bajo los empujones y empujones de sus verdugos; y Cristo, coitado a la tierra, no puede levantarse de ella. Es preciso que le ayuden, y en efecto así lo hacen, pero no con cariño, no con cuidado, sino con golpes; como se ayuda a la pobre bestia por el inhumano conductor, que después de cargar a su víctima más de lo debido, si la ve caer por culpa de la barbaridad de quien así la trata, la llena de golpes para que haciendo un supremo esfuerzo se incorpore y corra por llegar pronto al destino

que se propone aquel amo, quien más que hombre es un idiota. Claro, Jesús había nacido en un pesebre, entre dos seres irracionales y debía ser tratado por aquellos hombres, que más que seres humanos son demonios, como se trata por esa gente sin sentimiento a los animales de que se sirven.

Jesús cae; el Divino Cordero no puede más; sus verdugos tiran de él con una rabia inexplicable, lo incorporan con los palos, acomodan de nuevo la Cruz sobre sus Divinos Hombros, y le ordenan con nuevos golpes que ande ligero, pues urge llegar al destino; es preciso subir al monte; es preciso remarcar en el Ara Santa a este Divino Cordero, y no hay que compadecerse de él para nada. No tiene derecho al menor respeto, a ningún socorro. Cristo, temblando, emprende de nuevo la marcha, y la Cruz va arrastrando, golpeando en las piedras de aquella vía que parece haber sido preparada para aumentar las fatigas del Divino Mártir. No importa. La marcha se hace. Pero de repente Jesús vuelve a resbalar, vuelve a caer, y se repite la horrible escena. La impaciencia sube de punto en aquellas fieras, y por medio del castigo quieren que su víctima resistiera, aumente el trabajo y siga su marcha, ya casi imposible. Sigue el mayor de los mártires el camino, que va quedando tinto en sangre. Jesús a cada momento zozobra, un nuevo empujón le pone en equilibrio. Ya no es posible, el Redentor tropieza y vuelve a caer.

En este momento el Divino Jesús aparece en el asombro de la debilidad y el abatimiento. Los golpes se multiplican: contra su Sacratísima Persona. Tiran de su Cuerpo como para llevarlo arrastrando. Horrible escena! Pero Jesús se levanta, esconde su destrozada naturaleza humana. Va a hacer uno de esos prodigios en que se manifiesta la Divinidad, y frente a las turbas, con voz de trueno que retumba en el espacio y domina los ruidos todos de la selva y acalla el estampido de toda fuerza, se queda impasible, mirando a los verdugos que son indignos de toda repulsa y de todo miramiento, sino que mira solamente a las pobres mujeres, las que lloran por la pena que les causa tanta infamia y tanto ensañamiento; se vuelve y dice: «Hijas de Jerusalén, no llores por mí, sino por vosotras y vuestros hijos, porque si en la rama verde esto se hace ¿qué será en la rama seca?». Jesucristo se muestra aquí como Dios, como juez, como castigador, y se manifiesta con esa naturalidad que siempre acompaña a lo verdadero, y con esa majestad que es el sello de todo lo grande. La escena es asombrosa. Un hombre casi agonizante, un hombre que se incorpora a golpes, que no tiene sangre, rodeado de un grupo de chacales más que de seres humanos, ve que alguien llora por él y dejando sus dolores, dejando sus penas, lleva el consuelo a quienes lloran, pero al par que el consuelo lleva la enseñanza; dice como las lágrimas han de ser provechosas, como valen; y es cuando son lágrimas que se derraman por el arrepentimiento de la culpa. Cuando son lágrimas de contrición, de propósito de enmienda, no cuando son de sentimentalismo, que nada dura y que pasa cual brisa que no da frutos.

El Divino Redentor en el paso de sus caídas, como en todos, es siempre igual; es débil como hombre, débil, menos para cometer pecado; que entonces es un atleta gigante, Omnipotente como Dios. Como Dios que no se manifiesta llevando a cabo hechos humanos, sino luchando con el mal, venciendo la culpa, dejando a esta su propio sacrificio, su vida mortal, para luego clavarlo, y poder decir a el Dios justo: «Lo que te se debía lo he pagado». Ciertamente el Evangelio es el primero del mundo, mejor es la obra de Dios. Siempre el mismo, siempre idéntico, demuestra que el ser que lleva el peso, mejor el único que lo lleva, no pudo ser concebido en mente humana. Es un ser sobrenatural. Es Dios.

Mas aun dentro de los hechos de la vida y muerte de Jesús caben muchísimas enseñanzas. Cristo enseñó valiéndose de parábolas, de metáforas. Todas siempre sublimes y todas fecundas; pero enseñó más con el ejemplo que con la palabra. El mismo lo dijo: «Ejemplo os he dado, para que como yo hago, así hagáis». Y he aquí un secreto. ¿Por qué Cristo cayó tres veces? Pues muy sencillo: porque el Señor sufría por medirir la culpa de los hombres y la raíz de esta culpa es triple. Mundo, Demonio y Carne. Cuantas faltas cometemos, cuantos crímenes se realizan, son debidos a la influencia del mundo, a la tentación satánica o a los estímulos de la carne. Por eso el Divino Jesús cae tres veces. Porque el solo y solo él es el antídoto contra esas tres raíces.

El mundo ha sido, es y será siempre un corruptor del hombre. El opador romano decía que desde la nodriza que nos cria hasta el pedagogo que nos enseña, todo ayuda a nuestra corrupción; y qué verdad tan



grande. En la misma escuela en que el mecánico aprende su oficio, se le enseña a esgrimir el arma contra su hermano. En la Universidad, en la que se enseñan las letras, se aprende el sofisma de que no hay Dios, que la ley es el capricho de los hombres, que la justicia es un mito y el orden un acomodamiento para vivir los ricos. Que no hay más verdad que la que se adquiere por los sentidos, y así sale el hombre misterioso, sibillístico, pero podrido, que aprendió en los estudios la verdad no para el bien, sino para llevar una vida de racionalismo o lenismo indiferente; para convertirse bajo la capa de un sabio en un verdadero bruto. Ese es el mundo. Jesús cae la primera vez para pagar las deudas que nosotros hemos cometido empujados e inducidos por el mundo.

Pero no es sólo el mundo la raíz de las culpas; hay una segunda fuente, que es el demonio. No faltan hombres que al oír la palabra demonio se sonríen y lo toman a broma. Pero el

demonio existe. Es un ser tan real como la materia. Lo dicen todas las teogonías antiguas. Los persas, los chinos, los egipcios, los griegos, los romanos. Todos en suma han admitido los seres perversos, seres no corporales, pero existentes y enemigos del hombre. Mas no hay que acudir a las historias; sino a la experiencia individual, y tenemos que pensar inmediatamente en un ser malo. Venimos, por ejemplo, hombres puros, ordenados, austeros, pero que son muy malos. Por ejemplo, un Juliano, un Pascal, un Jauret, un Volter. No son hombres para la carne ni para el vicio; pero son hombres que van contra Dios, que van contra la misma sociedad; que realmente odian lo bueno; hablan contra el orden; son raíces de evoluciones o revoluciones en extremo peligrosas; ellos dan lugar a esas grandes sectas, que son peores que la carne; bajo el nombre de paz predicar la guerra; bajo el nombre de humanidad predicar y aconsejar la destrucción y prometen la libertad e implantan la tiranía. Es

de la Sagrada Escritura, compararse a los hombres con los jumentos y hacerse peor que ellos; es el origen de miles y millones de delitos, pecados, crímenes y ofensas a Dios. Para pagar por ellos, Jesucristo cae la tercera vez. Se levanta y ayudado por un extranjero llamado Simón (que significa obediencia) marcha a la cumbre del Gólgota. Allí clavan la Cruz sobre la cabeza del pecado, y muere pidiendo a Dios por los pecadores.

Diga lo que quiera el impío. Jesús cayó como hombre, se levantó como Dios. El haga que nosotros hayamos caído para levantarnos y que en el camino de la amargura encontremos el triunfo de la Cruz en Cristo, con Cristo y por Cristo.

Berenguer Ramón,
Córdoba, Marzo 1921.

de la Sagrada Escritura, compararse a los hombres con los jumentos y hacerse peor que ellos; es el origen de miles y millones de delitos, pecados, crímenes y ofensas a Dios. Para pagar por ellos, Jesucristo cae la tercera vez. Se levanta y ayudado por un extranjero llamado Simón (que significa obediencia) marcha a la cumbre del Gólgota. Allí clavan la Cruz sobre la cabeza del pecado, y muere pidiendo a Dios por los pecadores.

Diga lo que quiera el impío. Jesús cayó como hombre, se levantó como Dios. El haga que nosotros hayamos caído para levantarnos y que en el camino de la amargura encontremos el triunfo de la Cruz en Cristo, con Cristo y por Cristo.

Berenguer Ramón,
Córdoba, Marzo 1921.

SAETAS

Tanto sufrió el Redentor que en el cielo se convino hacer divino el dolor. Y es, desde entonces, divino, como es divino el amor.

El pueblo le escarneó con golpes, burlas y agravios y Jesús los recibió, pero el perdón, en sus labios, solamente, florecía.

Lloraba la Dolorosa, lacerado el corazón, y estaba así tan hermosa que era, en su duelo, una rosa, una rosa de pasión.

Breve reino sacrosanto, su fuerza a todos perdona, su ley la escribió con llanto, de espigas fué su corona y de púrpura su manto.

Sobre sus carnes divinas grabó, el raudal de sus venas, otra corona de espigas, de sangrientas clavellinas sobre blancas azucenas.

Benigno Infúez.

ANTE EL CRISTO

Yo, que no padecí del odio ajeno ni el acoso terrible de la herida, caminaba risueño por la vida con el paso muy firme y muy sereno.

—Soy dichoso—exclamé—porque soy bueno.

Y llevando en el pecho contenida la maldad, por tenerla adormecida, libre hallarme pensaba de su ceno.

Mas la Cruz encontré donde expirabas ¡oh, Jesús del amor!, y al ver que dabas por cada oprobio tu sonrisa amable, llevado de un extraño paroxismo, puesto de hinojos me escupí yo mismo y ahogué mi voz con polvo miserable.

Francisco Arévalo

EL PASTOR SACRIFICADO

¡Pobre Pastor divino que a ovejas y corderos amante defendías de la sana feroz del lobo hambriento!

¡Con cuánto amor un día de venturas viendo sus males y su ruina viendo dejaste los gloriosos alcázares del cielo para cumplir con tu misión divina de pastorcito bueno!

Que a los pobres corderos que marchaban por ásperos senderos, bondadoso seguía fiel y constante, cariñoso y tierno tu corazón de niño que llenaba de amor tierras y cielos.

Y tú, Pastor amante, de todos los pastores el más bueno, has visto con dolor tus corderitos convertidos en tigres carniceros!

¡Y han ido a ti furiosos, y en el suplicio infame del madero te han traspasado de pesar el alma y han desgarrado sin piedad tu cuerpo!

Para un pastor que a su rebano adora ¡qué martirio, Dios mío, más cruento en sus corderos encontrar la muerte al librar de la muerte a sus corderos!

¡Y si guies en la cruz ensangrentado! Y tus brazos, Pastor, siguen abiertos para dar, cariñoso, al volvieras, un abrazo a los tigres carniceros!

El Caballero de la Triste Historia Membrillar (Palencia).

LAS TRES MARIAS

I

María Cleophas

Tremula, arrebuada en largo manto, por la calle fatal de la Amargura, junto a esas dos mujeres, sin ventura, formas, de Cristo en pos, un grupo santo. Y los presencios del Mártir el quebranto y los insultos que, en silencio apura, hasta llegar del Gólgota a la altura donde lavas las piedras con tu llanto. De la tragedia augusta el desenlace tal vez allí, tu seno despedace, porque nadie en tu lúgubre agonía apagar se miró las luces bellas en los ojos del ser que engendró el día y hace brillar el sol y las estrellas.

II

María de Magdala

Siempre a Aquel que perdonó indulgente tus muchas culpas, porque mucho amaste, y cuyos pies, al perfumar, secaste con tu cabello, como el sol, fulgente. Abrazada a la Cruz, tu pecho siente su convulso estertor: ¡cuando pensaste que a tu dicha serviría de contraste tu Dios, de un vil patibulo pendiente!

Ayudas en su tumba a embalsamarlo, y al ir por la mañana a embalsamarlo, que allí no está dos ángeles te indican, mas saliendo Jesús de entre unas ramas, ¡Vedlo! ¡Ha resucitado!—alegre exclamas, y los siglos tu júbilo publican.

III

María de Nazaret

Por qué avivias tus penas maternales y hacías el Calvario con Jesús caminas? Cuando la Cruz lo riude, ¿no te inclinas sobre él, bebiendo tósigos mortales? Va a morir entre abyectos criminales el Dios que en ti habitó? ¿De sus divinas sienes no te taladrán las espigas? ¿No te clavó el dolor siete puñales? Con tu triple diadema soberana de Virgen, Madre y Mártir dolorosa, ve en ti su imagen la Piedad cristiana, pues muda y sola, en el oculto huerto, al avanzar la noche pavorosa, a tu Hijo llevas en los brazos inertes.

Belmonte Müller.



LA CRUZ

Jesús ese inmóvil porque quiso. Es defó. Oblatus est quia ipse voluit. Y eligió para morir la Cruz. Ella fue el sueño de toda su vida. Mas ¿por qué la eligió para morir? ¿Qué cosa divina y maravillosa será la Cruz que así enamoró a Cristo? Antes de inmolarse Él en el Gólgota morían en la cruz los criminales. ¿La eligió acaso para dar a entender que venía al mundo a ofrecerse al Eterno Padre por los necesitados de redención; o desde la eternidad decidió por alguna razón sublime morir en ella y por esta sublime razón inspiró a la justicia humana que los criminales muriesen en la Cruz?

Dios, dice Gretzer, organizó el mundo de manera que el hombre no pudiese hacer nada sin la intervención de la Cruz.

Y a este propósito da a entender Helio que todo en la creación, y aún ella misma, tiene forma de Cruz. El ave que vuela dibuja la cruz. El mástil del buque con su verja dibuja la cruz. El arado con su reja dibuja la cruz. Los cuatro horizontes hacen en el universo la señal de la cruz.

Y Platón dijo, que la primera potencia más cerca al primer Dios, extendiéndose sobre el mundo en señal de Cruz.

¿Qué será, pues, la Cruz, que así Dios quiso que la creación tuviese la figura de ella y en ella quiso morir Jesús?

Lo he pensado mucho. Para saberlo he estudiado profundamente a Platón, Helio, Gretzer y a otros sabios más eminentes, que estos eminentísimos sabios literatos, los teólogos. Y lo que en ninguno he podido descubrir, lo he descubierto en el costado abierto de Cristo.

El amor de Cristo es algo así como dos líneas rectas cruzadas: una perpendicular que une el cielo y la tierra, lo infinito y lo finito; la otra horizontal, que abarca la creación entera.

La Cruz es el símbolo del amor de Cristo.

Y porque por su amor todo se hizo, todo en la creación tiene forma de Cruz, y en la Cruz quiso morir Jesús para dar a entender que la Redención era sólo obra de su amor.

Absorto ante la Cruz, en cuya presencia escribo estas líneas, que más que de mi pluma parten del corazón abierto de Cristo, pienso al recordar el estado anárquico en que se halla el mundo, que sólo el amor cruzado o en cruz, que en el lenguaje cristiano se llama sacrificio, podrá redimir a la humanidad de sus miserias y de sus dolores; y ese amor sólo brota al pie de la Cruz.

F. Ramón de Gines.
(CAPUCHINO)

En atención a la solemnidad del día de hoy y siguiendo la costumbre establecida por casi toda la prensa española, mañana no se publicará este periódico.

¡SED TENGO!

Yo tengo sed de gloria, sed de amores; sin mitigarla vivo, año tras año; encuentro espinas donde busco flores, donde busco un amor, un desengaño.

Yo siento que mi espíritu se abate al ver que es guerra la que juzga calma, y que para vencer en el combate hay que llevar maldades en el alma.

¡Sed tengo!, dijo humilde el Nazareno; y en lugar de agua pura, halló veneno. ¡Oh Humanidad cobarde y fratricida que truncas los anhelos de tal suerte: ¡Cómo saciar en tí mi sed de vida si a la Suma Bondad, diste la muerte!

Antonio Arévalo

STABAT MATER

Ved a la Madre, a María, su agonía, apurando ante la cruz: ya en su faz no hay arreboles ni en los soles de sus ojos hay ya luz. La flor de sus labios rojos, perdió su bello esplendor; su débil cuerpo vacila, lo aniquila la fuerza de su dolor.

¡Pobre Madre! Mira al Hijo que está fijo en el duro leño aquel, y no puede en su tormento ni un momento Separar la vista de Él.

Parecen crucificados y clavados a un mismo tiempo los dos: ¿Qué clavo habrá que taladre a la Madre como el ver clavado a Dios?

¡Al Dios Hombre que enarcará y tomara cuerpo en su ser virginal! ¡Al Dios-Hombre, cuyas venas están llenas de la sangre maternal!

Ella, en Jesús, cuando niño, con cariño alma y vida concentró, y mediándole en sus brazos con abrazos y con besos le durmió.

Ella fue por Palestina peregrina de su dulce bien en pos; Ella, a donde el Hijo ha ido, le ha seguido como a Hijo y como a Dios

Ella le encontró agobiado con un madero cruel; con ese, donde pendiente, lentamente expira el Dios de Israel.

Ella le ve con espanto de su llanto al enlutado trasluz, y al mirarle en la agonía todavía

Ella está al pie de la Cruz! Nada de allí la separa: si llegara el desastre universal; si chocasen las estrellas y con ellas tuviera el mundo final;

Mientras quedara una roca o una poca tierra de ella en derredor, sobre esa base, María, seguiría acompañando al Señor.

¿Dónde hay mayor cataclismo que ese mismo que trunca su corazón, al ver a su Hijo que muere sin que espere ni del Cielo salvación?

¿Por qué me has desamparado? ha escuchado a Jesucristo exclamar: cuando el Padre desampara, ¿quién logrará al Hijo amado amparar?

LA MUJER VERÓNICA

Ya sólo espera la muerte: pronto inclinará la sien, y Ella, cuando el Hijo muera, quedará muerta allí también. ¡Cubrios con denso velo, tierra y cielo! ¡Apagad, astros, la luz! ¡Que Cristo esté en la agonía!

Carlos Valverde.

LA MUJER VERÓNICA

Entre los personajes más célebres y discutidos de la Pasión de Cristo, figura indudablemente la mujer que, según la tradición, limpió el rostro al Salvador en las faldas del monte Calvario.

Según unos escritores, su nombre era Serapia o Verónica, la cual guardó cuidadosamente la toalla con la faz impresa de Cristo y que más tarde, con su esposo San Amador, llevó a Roma, por mandato del emperador Tiberio, que se hallaba enfermo, y el cual sanó con su contacto. Después, habiendo enviudado, pasó a las Galias y allí murió.

Otra versión es que la Verónica era una joven viuda, natural de Verona, que habitaba en una casita de campo en la falda del Calvario, la cual salió como una curiosa a ver pasar al condenado y, compadecida de él, le presentó su manto blanco de viuda para que se limpiase el rostro y, como era muy largo, lo dobló tres veces para hacerlo más manejable. Vivió y murió en Jerusalén, cuya casa le sirvió de sepulcro y se muestra todavía hoy a los peregrinos.

Los que opinan así, manifiestan que ninguna mujer en Jerusalén se hubiera atrevido de por sí a limpiar el rostro a Cristo, y mucho menos ella por su cualidad de viuda.

La mayoría de los escritores católicos y con ellos la Iglesia creen que la tradición de esta mujer es apócrifa, pues Verónica, según la etimología griega, es Vera Leon, que significa verdadera imagen, o representación de Cristo.

Se cree que esta leyenda tomó vuelos en el siglo XII, con el movimiento de las Cruzadas, comenzando entonces los pintores a representar en lienzos la faz sangrienta del Salvador, que llamaban sudarios, ya sostenida por un ángel o bien por una joven, de lo cual vino el nombre de Verónica, o sea la mujer portadora de la imagen. Así se ve que en la pintura del siglo XIV, que adorna el arca del Santo Rostro de Jaén, figura la faz de Jesús, sostenida por ángeles.

Se considera apócrifa esta leyenda de la Verónica porque los Evangelistas nada dicen del suceso, ni la Iglesia lo ha reconocido, permitiendo sólo que se adore la faz de Jesús. Además, en la invención de los instrumentos de la Pasión por Santa Elena, no se menciona el paño de la Verónica.

Generalmente se cree que el culto de la Santa Faz se introdujo en la Edad Media para contrarrestar los excesos de aquellas personas que, llamándose piadosas, cubrían sus rostros en los días santos en señal de penitencia y en la práctica cometían después toda clase de excesos.

Donde primero aparece la imagen de la Verónica es en la miniatura inicial de un ceremonial, ejecutado en 1143 por un canónigo de San Pedro llamado Benito y dedicado al Papa Celestino II. Por este mismo tiempo se mostraba también, en el Vaticano un lienzo con el rostro del Salvador, como afirma

Mabilonio en sus órdenes romanos. De la duodécima centuria, o quizá posterior, es también otra faz de Cristo sobre lienzo, existente en la Basílica de San Juan de Letrán, en la capilla del Papa León III, llamada Acherotipa, es decir no hecha por la mano del hombre, pues, según la tradición, comenzada por San Lucas, fue concluida por los ángeles.

En la Catedral de París y en algunas iglesias de la Diócesis se tenía en la Edad Media el oficio y Misa de Santa Verónica, o sea de la Santa Faz de Cristo. San Carlos Borromeo mandó quitar de los misales de su Iglesia la misa de la mujer Verónica, introducida privadamente por algunos sacerdotes.

Algunos Pontífices de la Edad Media hicieron también mención en sus Bulas del Rostro de Jesús, pero sin que sea dable precisar cuándo empezó este culto.

De todo lo cual se desprende la incertidumbre de la existencia de aquella piadosa mujer, que unos llaman virgen y otros viuda y mártir.

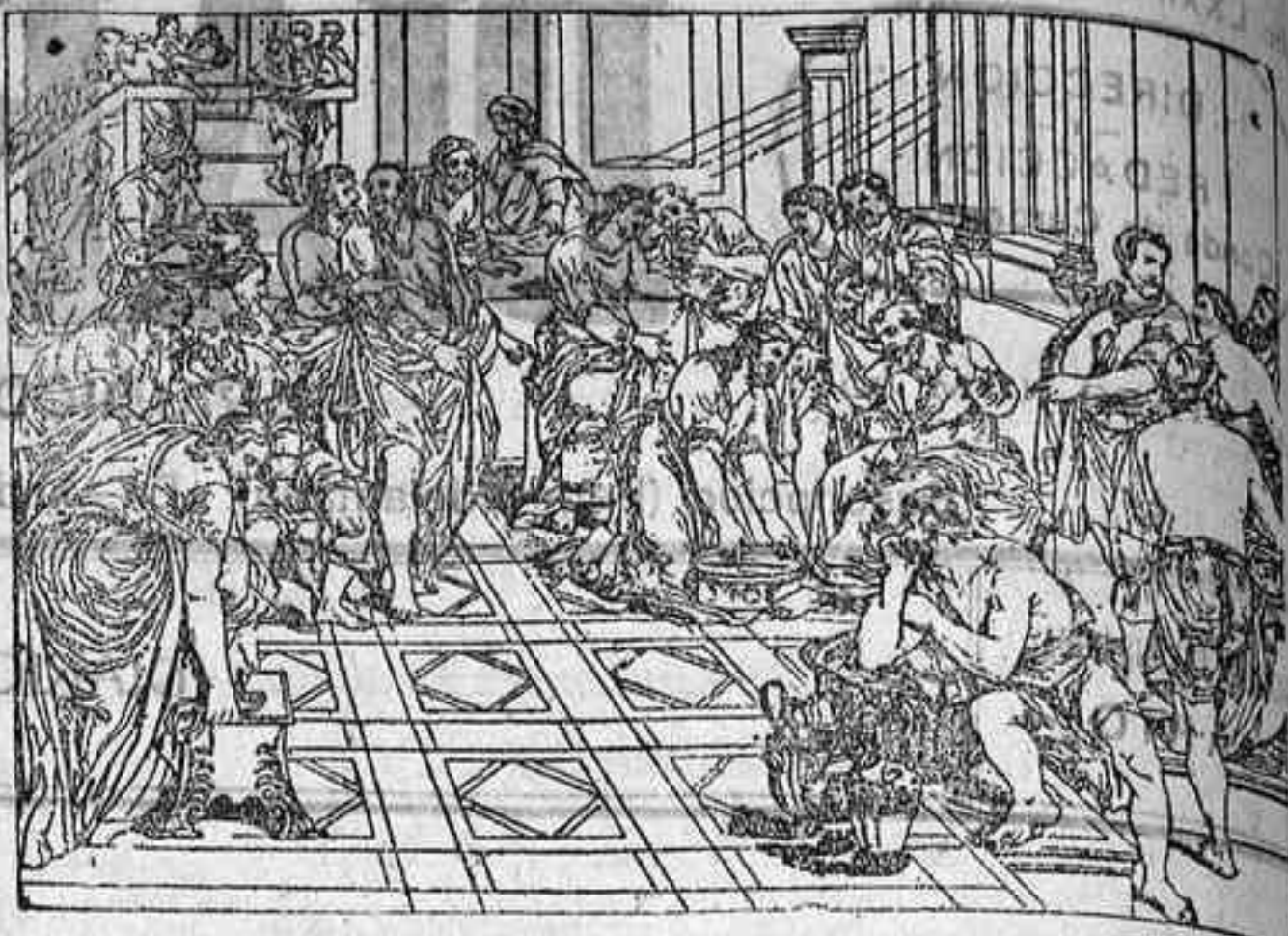
Para aumentar más la confusión sobre esta materia, muchos historiadores y las mismas tradiciones árabes confirman que en los tiempos de Constantino VII, Porfirogénito, emperador de Bizancio, se entablaron negociaciones con Qrenas, califa de Bagdad, llamado también Ibraín, para la cesión del paño donde estaba impreso el rostro del Señor, depositado en la iglesia de Ruha, y que dicho califa, al conquistar la región de Niube, arrebató a los ciudadanos de Edesa. Las negociaciones fueron llevadas a cabo por Romano, hijo de Constantino, el cual envió a Ibraín una embajada con doscientos cautivos y doce mil monedas de plata; entregándole los ulemas el Santo Rostro, que fue llevado y paseado en triunfo por las calles de Constantinopla.

Generalmente se cree que tienen un mismo origen la leyenda del rostro que el Salvador regaló a Abgar, rey de Edesa, y la tradición de la mujer Verónica o Berónica, princesa de la misma ciudad.

Otros creen que la tradición del Santo Rostro viene del paño que, según San Juan Evangelista, cubrió la cara del Salvador en el sepulcro, donde quedó impresa su imagen.

Actualmente, además de los lienzos de la Santa Faz que se veneran en el Vaticano y en Génova, está otra cara de Dios en la Catedral de Lugues, el Santo Rostro, de Jaén, regalado al Obispo Nicolás Biedma en 1376 por el Papa Gregorio XI, y la Cara de Dios, en Madrid.

Mas a pesar de estas dudas y vacilaciones, la Santa Iglesia sigue tolerando estas venerandas tradiciones de la mujer Verónica. En las grutas del Vaticano existe la capilla y la estatua de la Verónica, que figura también en las estaciones de Viacrusis. En Jerusalén, en la Via Dolorosa, se muestra todavía a los peregrinos la casa sepulcro de aquella piadosa mujer. Y la Iglesia ha canonizado también a la Santa Verónica, religiosa agustina de Milán, en el siglo XV.



Sea de ello lo que quiera, adoremos nosotros en los días Santos la Faz adorable del Salvador y pidámosle que, en vez de mirada en el día del Juicio, la contemplemos radiante de gloria en una feliz eternidad.

Cristóbal Jurado, Pbro.

Párroco de Niebla (Huelva)

A JESUCRISTO

Divino Redentor. Ha veinte siglos que viniste a este mundo y predicaste el amor, la humildad, la dicha eterna el perdón, las virtudes teológicas y uniendo a tus palabras el ejemplo la religión cristiana cimentaste, religión sacrosanta, que ha tenido santos, héroes y mártires.

Te siguieron los buenos, los humildes a quienes elegiste y enseñaste y odiáronte los malos, los soberbios que con saña implacable decretaron tu muerte ignominiosa.

En tosca cruz claváronte hirieron tu costado con la lanza y diéronte a beber hiel y vinagre, pusieron en tus sienes la corona de espinas y espiráste diciéndo: ¡Padre, Padre mío, perdónales, no saben lo que hacen!

Han pasado los siglos y hoy, al igual que antes, abundan los soberbios, los malvados, los que tienen instintos criminales y los avariciosos cual aquellos que del templo arrojaste.

Tu amaste la humildad y la pobreza ¿cómo hemos de imitarte si el odio y el afán por el dinero son cada vez más grandes?

Perdónanos, Señor. No comprendemos que en esta Religión que Tú fundaste está la paz bendita, está el remedio de tan cruentos males. Si pudieras volver Jesús bendito... ¡Torpe de mí! Perdóname. Si volveras, Señor... no tardaríamos mucho en crucificarte!

Juan Ocaña.



No llores por mí

Cuando el Divino Nazareno naba hacia el lugar del suplicio ser crucificado, unas piadosas rres, al verlo tan afligido, lloraban amargamente, queriendo prestarte algún consuelo. Jesús se dirige a ellas y les dice: «Hijas de Jerusalén, no llores por mí; llorad más bien por vosotras y por vuestros hijos, porque si esto se hace en el leño verde, ¿qué se hará en el seco?». Admite la gravedad de nuestros pecados y el inmenso valor del tesoro de las lágrimas de la penitencia.

Todos los sufrimientos del Hijo Dios son debidos a nuestros pecados. ¿Qué es el pecado si no la falta de amor a Dios?

El amor de Dios es el orden, justicia, la verdad, la luz, la belleza, la salud y la vida.

Donde falta ese amor, no hay más que el caos, el dolor, la iniquidad, el error, las tinieblas, la confusión, la enfermedad y la muerte.

Y el hombre nació para tener da, pero una vida eterna y feliz.

El pecado le arrebató esa vida, fue devuelta por la redención, consiguiendo el derecho a la eterna vida.

El camino que tenemos que recorrer para llegar a ser dichosos no es sino el de los dolores, el de las lágrimas, el del sacrificio.

Todos tenemos que cruzar por el destierro y pisar las espinas de la contrariedad; mas, para no desahuciar, nos aliente el Divino Mártir, con sólo una mirada levanta a los dos.

Mas... ¿qué hacemos por imitarlo? ¿Acaso nuestras penas son por dolores? No; nos affigimos sólo por la vida de los bienes temporales; pero no saciamos nuestro egoísmo; por los placeres nos amargan con los remordimientos.

Las riquezas roban nuestro tiempo, la vejez destruye las energías, nuestra juventud, y quisieramos eternamente vivir en esta tierra de dolores.

prescindiendo de Dios, aunque renunciáramos a la verdadera felicidad. Qué cuadro tan sombrío nos ofrece el mundo! Sólo vemos fieras concupiscencias, ardientes pasiones... y el reino de Dios lejos de las grandes sociedades; por lo que no se piensa en Dios, no se teme a Dios, porque... se huye del calor de la vida para buscar culpablemente el repulsivo frío de la inexorable muerte.

No llores por mí, llorad por vosotros. Terrible sentencia que manifiesta nuestra ciega obstinación. Llorad por vuestros pecados, que son la causa de mis pecados; porque, si no lloráis vuestras iniquidades, ¿qué os puede esperar sino mi eterna maldición?

La mayor desgracia es la eterna separación de Dios; la muerte que no tiene fin, que produce la más horrible desesperación. La idea de la eternidad elevó a Teresa de Jesús a la más sublime Santidad e hizo justos a los más grandes pecadores.

Los hombres no piensan en el negocio más importante, que es el de su eterna salvación. Unos viven peor que los gentiles; otros fingiendo agradar a Dios sin renunciar a sus vicios y pasiones; quieren conseguir el cielo sin el sacrificio que no tienen en cuenta que la misericordia Divina no destruye el atributo de su justicia.

Jerusalén expió terriblemente su pecado y el alma ingrata que desprecia el amor Divino, caerá bajo el terrible peso del poder de Dios. Cuesta pena la indiferencia que tienen muchos cristianos en los Sagrados días en que se recuerda la Pasión de Nuestro Señor. Sólo curiosidad, vana ostentación, orgullo excesivo e indiferencia se ofrece al Redentor.

Nada de mortificaciones, ni buen ejemplo, ni recogimiento. Hay se azota al Hijo de Dios, se le corona de espinas, se le lleva a empellones hasta el Calvario, pero... por sus verdugos, sino por sus hijos que se avergüenzan de confesar su Santo Nombre.

Si supieran los hombres lo que vale el Amor Divino, que se compra con el arrepentimiento, con las lágrimas de la penitencia, despreciarían todo lo de este mundo para conseguir la preciosa joya de la Caridad. El agua apaga la sed, extingue el fuego y hace que los áridos campos se cubran de vegetación y de hermosura. El agua en los revueltos mares cubre insosdables abismos y conduce a los hermosos bajajes al suspirado puerto, desafiando la temida tempestad. También el agua de las lágrimas apaga el fuego de las pasiones, destruye nuestros instintos feroces y hace que nazcan las bellas flores de la virtud en el campo de nuestro corazón y... nos lleva tranquilos sobre el revoltoso mar del mundo al puerto de la verdadera dicha y de la verdadera paz.

Demos el agua del amor, de nuestro sincero arrepentimiento, a nuestro cariñoso Padre, pues nos alienta con sus paciencia, con su resignación, con sus penas y dolores, al abrirnos generosamente su corazón. Si amamos al Divino Mártir, no desfalleceremos en el camino de la vida; pues si somos fortalecidos por su gracia no temamos ser leños secos destinados al infierno, sino frondosos árboles que algún día han de florecer eternamente en el Paraíso.

Lic. Juan Cuevas Romero
Capitán del regimiento de Caballería Alfonso XII.
Sevilla, Marzo de 1921.

LUTO
Toda la Iglesia tenía un bello medror extraño. Todos vestidos de luto, todos tristes, todos pálidos, a lo largo de la estancia, el son de unos lentos pasos, daba un eco misterioso, profundo y desacordado. Fuera, el eco interrumpido de tambores destemplados. Largos voces de saeta, corazón atormentado, llegado por los desdenes, por el desamor llagado. Sobre el sacro Monumento, austero y enguinaldado, todos los ojos se posan, en nombre desbordados... Ardía la blanca elueta de un cuerpo divinizado. Era de cera su rostro, eran de cera sus manos, en los ojos, adolidos, brillaba el rocío del llanto. Como abrió sus vestiduras, mostró el corazón llagado. Dentro, palabras de rezos, liturgia de Jueves Santo. Fuera, voces de saeta, de un corazón laerado. Toda la Iglesia tenía un bello medror extraño. Todos los ojos miraban con leve temblor de espanto. Era Jesús, en su casa, muy extraño, muy extraño.

Juan Soca



Pensemos en la Resurrección

A don Juan Bautista Rubio, rector de la Parroquia del Salvador y Santo Domingo de Silos.
En aquel paso solemne de la vida en que el hombre siente más que mediado el cambio que ha de recorrer y vuelve la cara al mundo para oponer dentro de sí la riqueza de recuerdos al agotamiento de ilusiones y esperanzas, la conmemoración alcanza su máxima intensidad. Si la fecha es triste, el dolor se aviva; si rememora acontecimientos placenteros, la melancolía los envuelve al reproducirlos la memoria.

Llega el alma a aquel Palacio de Occidente desde cuyos miradores el panorama entero de la vida es contemplado bajo la declinación y apagamiento de las luces del sol. Así, por ejemplo, en el día imponente de los Difuntos. Ante la muerte material irreparable, el espíritu abriéntase las imágenes amadas que no pueden caer en olvido, y le asalta el temor de que, al llegar su hora, con él perezan por siempre en el mundo, aquellos que ya sólo en su recuerdo viven.

Así, sobre todos, el pavoroso día del Difunto, en el que todos los dolores del hombre se funden en la afición suprema de la muerte del Justo. Mas meditando en ello, emerge del ánimo en tinieblas la eterna luz de la esperanza que guía hacia la Resurrección y se recibe el inefable consuelo de que siempre, siempre, el sol piadoso aguarda tras la tormenta pavorosa y que después del quebranto, del dolor, de la muerte, se produce el nacimiento a una vida mejor.

Si el muerto está en pie—presa del acabamiento espiritual que sintiese el poeta—alza siempre los ojos al cielo. Si yace entregado a muerte material, abiertos conserva los ojos para recoger la luz de la altura. Y cuando son para siempre cerrados por manos piadosas, ya el alma ascendió a las regiones de vida a las que nunca más ha de llegar el peligro de la muerte.

De tal modo, si en el Día de los Difuntos la conmemoración inclina a la bondad, a la purificación, el arrepentimiento y la enmienda, en sentido homenaje a los ausentes, abriéntase de esta suerte el espejo en que las sombras de los idos para siempre han de asomarse, en el Día del Difunto el alma dolorida llega a las cumbres de la contrición, inspirada por el anhelo nobilísimo de ser digna de asistir luego a otra conmemoración sublime: la de la Resurrección.

Alvaro Lázaro.

La mesa petitoria

Tras el cancel de la Iglesia, triste, silenciosa, oscura, una mesa petitoria se adivina en la penumbra. Un rico paño la cubre, un paño de regia púrpura; sobre él hay un Crucifijo al que dos velas alumbran. Y delante de la efigie santa, venerable, augusta, una bandeja de plata tan brillante que deslumbra. Verías damas con mantilla que acrecienta su hermosura, en tipizados sillones, junto a la mesa se agrupan. Con expresión elocuente, aunque es, casi siempre, muda, demandan una limosna que nadie entregar rehusa. En la bandeja de plata las monedas se acumulan y por extraño misterio, por un milagro, sin duda, la luz que del Santo Cristo en las pupilas fulgura súbitamente las torna en estrellas que deslumbra.

Ricardo de Montis.

De Jesús a nuestros días

Padre perdónalos porque no saben lo que hacen. El Prometido de las gentes, implorando perdón en los últimos instantes de su vida para el pueblo bárbaro que dominado por los impulsos de su soberbia y de su crueldad, lo había llevado al suplicio de la Cruz, dio a la humanidad la más sabia de las lecciones. Jesús no conoció la envidia, ni el rencor, tuvo aliento en su espíritu

porque había sido conformado únicamente para sentir la piedad.

Desdén de las pompas y los triunfos para que su humildad prendiera en el corazón de las gentes, y sus detractores, incapaces de comprender el bien, le persiguieron en sus peregrinaciones, burlándose de sus oráculos y anatematizando a los que proclamaban el proscripto de Jerusalem, hijo de Dios.

Apóstol de la Verdad, no trató de hacer prosélitos de su religión a quienes no creían en ella, y sus exhortaciones iban siempre dirigidas a los hombres de buena fe que quisieran seguirle.

Jesús, ni tuvo pretensiones políticas ni aspiró al dominio de las cosas exteriores. Su doctrina sólo tenía por base la regeneración espiritual del hombre por medio de la virtud, de la humanidad y de la pobreza.

Su palabra consoló las aficciones de los humildes, ayudó a levantar al caído, redimiéndolos de sus penas y de sus culpas, por la fe.

Y no obstante, el filósofo de Judea no logró modificar los convencionalismos del pueblo romano que, fiel a sus tradiciones, difícilmente podía amoldarse a la esclavitud del espíritu y al martirio de la carne.

La ignorancia de Roma fué incapaz de comprender aquellos principios morales y sociales que poco más tarde habían de refundir a la sociedad.

La semilla que Jesús esparció por la tierra, la esencia de su filosofía, su amor al prójimo, el desprecio de todas las vanidades, si bien ha trazado nuevas orientaciones en la marcha del mundo, sólo en teoría subsiste en el espíritu de los hombres.

Nuestra misma generación, influida por todas las ciencias, carecería de valor moral si no existiera una ley utilitaria que justificase la práctica del bien. Nuestro egoísmo ha olvidado que Jesús, para imponer sus máximas, no necesitó halagar las pasiones de los poderosos. La concupiscencia más desenfrenada reina en la tierra, y nuestro espíritu sigue albergando los siete pecados capitales.

Y si un día volviera el hombre espíritu a redimirnos de nuestros pecados, nosotros mismos que execramos al pueblo que lo crucificó, amordazaríamos su boca para que las verdaderas doctrinas quedaran ocultas y le llevaríamos de nuevo al Calvario entre el júbilo de la multitud.

M. Durán de Velilla.



CANTADORAS DE SAETAS

A mi compañero el culto periodista don José Rodríguez Sánchez.
Entre las notas características que la celebración de la Semana Santa ofrece en Andalucía figura, particularmente en Sevilla, el canto de saetas por artistas que abandonan en estos días el esplendor de los escenarios para unir sus voces a las de las hijas del pueblo.

Mujeres andaluzas al fin, la piedad las inspira y, en un impulso de purificación, entregan el encanto de sus gargantas, en las que poco antes vibraban picarescas y alegres coplas, a la expresión de las saetas que, entre todas las canciones del pueblo, son las que alcanzan la máxima expresión de la sentimentalidad de la tierra de María Santísima.

Truécase en negra la mantilla blanca de encajes, sostenida por la misma peineta aflagrada que a través de aquella se ostentase; piérdese la risa que parecía para siempre haber afeitado en los labios; se borra la expresión picarresca del bello rostro; las lágrimas abriéntase los grandes ojos de la cantadora y las manos que antes frenéticamente agitaban las castañuelas, trémulas se dirigen a la Virgen pidiendo clemencia por las faltas cometidas en el tablado y en el escenario de la vida en general.

Estas hijas del pueblo, vuelven a él en los días de la Semana Mayor para unir sus rezos a las plegarias fervorosas que las demás mujeres elevan al cielo.

Y en medio de la calle, abriéndose paso entre la muchedumbre que se agolpa para ver las procesiones, detienen ante los suntuosos y deslum-



MARTIRIO DE LA VIRGEN

Ocultando matices y perfumes la encantadora rosa de Judea, cierra su cáliz, que esmaltó el rocío de transparentes nacaradas perlas. El sol entre celajes de oro y grana torna la luz en manto de tinieblas y besa con sus últimos destellos las cumbres sin verdores de la sierra. El ave, que en orgullo de los bosques suspende su amorosa cantinela y en su nido de plumas escondida la nueva luz de la mañana espera. No entonan ya las olas de los mares sus estrofas de mágicas cadencias, ni el plácido rumor del arroyuelo se extiende por sus fértiles riberas. Todo es silencio, soledad y luto, todo anuncia pesares y tristezas, las nieblas misteriosas de las nubes y las nubes confusas de la tierra.

Es que la hermosa virginal «María», rosa de Jericó, casta azucena, por el dolor el pecho desgarrado, sufre el martirio de invencibles penas. Sus ojos de infinitas claridades, aquellos ojos de dulzura eterna que envidiaron los soles de los cielos y humillaron la luna y las estrellas, desvanecidos sus fulguros rayos por raudales de lágrimas se velan; y es aquel llanto emanación del alma, fuego de amor que el corazón engendra.

No hay llanto que se iguale con su llanto, no hay pena que se iguale con su pena, ni martirios que iguale al martirio de la Virgen y madre de Judea. La pasión de Jesús, el más sublime y el más cruel de todos los poemas, ante los ojos de la Virgen Santa con sus cuadros de sangre se presenta. ¡Cuán inmenso pesar el de María, todo amor, todo fe, todo grandeza, al sentir en sus brazos el cadáver de Aquel que vida de su vida era!

¡Al mirar las heridas de aquel cuerpo, derramada la sangre de sus venas y ya cerrados los amantes ojos que fueron dulces bien de su existencial! ¡Oh Madre de Jesús, lirio sagrado orgullo de constante primavera! ¡Palmera de Salem! ¡Doncella pura escogida por Dios sobre la tierra! Por tu martirio grande y sin ejemplo, por tus amargas y sentidas penas, ¡alumbra los senderos de mi alma y ábreme el cielo de la dicha eterna!

Narciso Díaz de Escovar



brantes pasos; clavan la vista en las imágenes y vibran en el espacio las notas de una saeta que es un gemido del alma; que puede considerarse como un hermoso y público acto de contrición.

Captada por la sentimentalidad augusta que en el ambiente entero palpita, la cantadora se ofrece como una Verónica dispuesta a recoger en su manto el sudor y la sangre del Mártir, y también como una Magdalena a la que, por haber amado mucho, sus culpas le fueron perdonadas y se le permitió la satisfacción suprema de haber visto como Aquel justo cuyo cuerpo había ayudado a enterrar, ascendía para siempre a los cielos, fijando en ellos la esperanza suprema y última de toda redención.

Manuel de Viguera.

A JUDAS

Quando el horror de su traición impta, del falso apóstol fascinó la mente, y del árbol fatídico, pendiente, con rudas contorsiones se mecía, complacido en su misera agonía mirábalo el demonio frente a frente, hasta que ya, del término impaciente, de entrambos pies, con ímpetu le asía. Mas cuando vio cesar del descompuesto rostro la convulsión trémula y fiera, señal segura de su fin funesto, con infernal sonrisa placentera sus labios puso en el horrible gesto, y el beso le volvió que a Cristo diera.

Juan Nicasio Gallego.

